



Francisco Navarro Villoslada

Antigüedades

La Torre de Babel

Tres siglos poco más o menos habían corrido desde la universal inundación de la tierra, y un anciano venerable daba todavía consejos a los hombres. Todos eran hijos suyos, y todos contenían sus viciosas inclinaciones y refrenaban sus violentas pasiones, dóciles a la voz paternal del predilecto de Jehová, del libertador del género humano en la tremenda catástrofe con que la divina Justicia había querido escarmentar al hombre.

La frágil naturaleza humana, empero, con el corazón dañado, luchaba inútilmente contra las astutas pasiones, contra los temibles vicios que redoblaban sus ataques cada día con más frecuencia. Poco a poco se perdió la memoria de los consejos del virtuoso anciano, y se perdió también el amor y el temor al Omnipotente.

Los insensatos hijos de Noé descendieron a la planicie de Sennaar; cubrieron la llanura de las aguas, donde después se fundó Babilonia. Se habían multiplicado extraordinariamente: no había ya campos que les bastasen, y de acuerdo con la voluntad del Altísimo, debían separarse en colonias, dividirse en pueblos, y llenar los ámbitos de la tierra.

«¿Y qué, dijeron con arrogancia impía, no ha de quedar memoria a la posteridad del día de nuestra separación? ¿Habría de perecer nuestro nombre en el sepulcro, como el de esos hombres que nada hacen para la gloria?

Hagámonos inmortales; fabriquemos ladrillos cocidos al fuego, y uniéndolos con betún, levantemos una ciudad, y en medio una torre que se esconda en el cielo, una torre que veamos desde los confines del mundo, que resista a las llamas y a un segundo diluvio... Los hombres de todos los siglos verán la última obra del género humano reunido.»

« ¡Hagamos una torre que llegue al cielo!», clamó Nemrod, jefe de los impíos. «Quiero ir a visitar en su excelso trono al Dios de Noé». Los titanes empezaron entonces la guerra con los dioses, según las tradiciones de la mitología... Los hombres y las mujeres, como aseguran los orientales, trabajaron afanosos unos cuarenta años, día tras día, en aquella obra colosal; no descansaban para ver luego cumplidos sus locos intentos.

Ya tenía de altura 27.000 pasos, según el Jalkut de los judíos. Según otro de sus libros, tenía mil pasos por cada uno de los 70 ángeles que rodean el trono del Todopoderoso, mas según S. Jerónimo sólo tenía 5.000. Aun así era ya once veces más alta que la más alta pirámide de Egipto, once veces más alta que el mayor monumento conocido; sin embargo, ¡cuánto no les faltaba todavía para escalar el cielo y ver a Dios en su trono!

«He aquí un pueblo -dijo el Señor-, empeñado en la inútil obra de criminal soberbia; obstinado en llevar a cabo un imposible, y olvidado enteramente de mis leyes...». « Que su lengua se confunda, y no entienda cada uno las palabras de su prójimo». Dijo, y cada uno habló y no fue entendido.

A un momento de silencioso espanto sucedieron crueles horas de terrible algazara, de desesperada confusión. Pocos habían conservado el idioma de sus padres; los más tenían diverso lenguaje. Fue necesario suspender la torre maldecida, y diseminarse por la tierra, juntos los que hablaban del mismo modo. Desde entonces un solo pueblo, esparcido por el mundo, produjo diversos pueblos.

Babilonia era la corte más poderosa del orbe. Con 24 leguas de recinto, con muros de 200 codos, en que podían pasear cuatro carros a la par: con cien puertas de bronce, con jardines voluptuosos y un río del paraíso para dividirla en dos ricas mitades, era la maravilla del Oriente; pero dentro, en medio de una de sus mitades, tenía una maravilla [367] de más precio para la historia del hombre: el templo de Bel o Baal, la torre de Babel.

«Sus puertas son de bronce -dice Herodoto-. Forma un cuadro de dos estadios. En medio se eleva una torre que tiene un estadio de diámetro y otro tanto de altura (600 pies). Sobre ella se levanta otra, y sobre la segunda una tercera hasta ocho. Se sube a cada torre por una serie de ramplas exteriores, en cada una de las cuales hay asientos para descanso del que sube. En la última torre se halla un lecho magnífico, y junto al lecho una mesa de oro.»

En ese templo había inmensos tesoros, que los Reyes de Persia codiciaban. Uno de ellos, Jerjes, consiguió robarlos a viva fuerza, descalabrando la gigante torre. Los tiempos trabajaron de consuno con Jerjes y les ayudaron los hombres, peores que los tiempos para destruir; los hombres siempre amigos de humillar las generaciones pasadas, ya deslustrando sus hechos, ya convirtiendo en despreciables escombros lo que ellas había hecho suntuoso monumento.

Alejandro el Grande triunfó en Babilonia, vio las ruinas de Baal, y en alguno de sus insanas orgías, dijo: «Alejandro hoy puede más que el Nemrod de vuestros abuelos: lo que no han logrado los hombres reunidos, lo han de conseguir por vida mía los valientes de mi ejército. Yo veré al Dios de Noé en su trono, y lo arrojaré de él como a tantos otros Reyes... Empezad ya a remover esos escombros».

En vano habló. Los judíos no quieren que se toque a las sagradas ruinas; su resistencia es invencible. Los soldados de Alejandro han ensordecido también a la voz del vencedor del mundo. ¡Cómo dejar los placeres de Babilonia por pesados y humildes trabajos dirigidos sólo a satisfacer una loca vanidad! Dios por otra parte había oído al blasfemo, y lo entregó a la muerte.

Desde aquel tiempo nadie pensó en levantar el templo de Bel. Había sonado la hora última de la orgullosa Babilonia. El río del Paraíso fue obligado por el hombre a seguir otro camino, y a dejar en seco el anchuroso cuadro abierto para él en medio de la ciudad. ¡Adiós muros, jardines, palacios y torres! ¡Adiós Babilonia! Ha desaparecido [368] de la faz de la tierra, como las fantásticas creaciones de los ensueños al despertar.

La torre de Babel ha quedado solo en la historia, como tantas otras maravillas del tiempo que pasó, que unas veces sirven de risa a los incrédulos, otras de tormento a los sabios ocupados en recorrer los siglos que fueron. Quedó también entre las tribus del árabe errante, y en las aisladas poblaciones que bordean por aquella parte el Eúfrates un nombre tradicional; el de Bers-Nemrod, burgo de Nemrod; el de ruinas de Babyl.

«Las ruinas de Babel existen», dijeron a una voz, hace doscientos años, muchos cristianos que volvían del Asia a Europa libres del cautiverio. «Las cercanías de Bagdad darán testimonio de nuestras palabras».

Pero los hombres no dieron fe a sus palabras, porque entre los hombres no basta decir verdad, es preciso hacérsela palpar, y aun entonces queda un sinnúmero de incrédulos.

La verdad es fuego escondido entre leña verde; hasta que hay hoguera no se ve el fuego, y no hay hoguera hasta que el tiempo seca la leña en que el fuego ha de cebarse. El fuego está ya escondido, no debe tardar en encenderse la hoguera; entonces desvaneceránse las tinieblas, y la incredulidad quedará confundida.

¿No veis a aquel joven europeo, montado en un caballo árabe, negro como el ébano, y veloz como el relámpago, y en pos del cual cabalga otro joven con abultada cartera pendiente del hombro, y mas atrás media docena de árabes con turbantes color rojo de Andrinópolis, albornoces blancos y alfanjes de damasco en su diestra?

Es Pietro de la Valle, el célebre italiano que destinó sus años y sus riquezas a viajar por el Asia. El otro joven que le sigue, su pintor; lleva en la cartera los preciosos dibujos de cuanto hay digno del arte en Oriente. Vuelven de las ruinas de la torre; oídeles.

«En medio de vasta llanura, a una media milla del Eúfrates, que corre aquí hacia Occidente, se levanta sobre la tierra una gran masa de fábrica arruinada, que tiene el aspecto de una montaña. Forma un cuadrado terminado [369] en torre o pirámide, cuyo circuito medido lo más

aproximadamente posible es de 1.134 pasos. Sus dimensiones, su sitio, su forma, todo se refiere exactamente a lo que Strabon llama sepulcro de Belus, y que debe ser el monumento designado con el nombre de Torre de Nemrod, de Babel o Babyl, como los habitantes de este país le llaman todavía. Su elevación sobre el suelo varía mucho; pero es, aun en las partes más bajas, mayor que los más altos palacios de Nápoles. Tiene una vista informe como la de todas las ruinas, con grandes desigualdades: ora se ven ásperos repechos, suaves pendientes, que se pueden subir fácilmente, ora los profundos y sinuosos cauces abiertos por las aguas de las lluvias. No se encuentra la menor traza de escaleras ni de puertas, lo que confirma la opinión de que se subía por ramplas exteriores, que como partes débiles del edificio, debieron arruinarse las primeras [...]. Son los materiales de su construcción de lo más curioso del mundo; consisten en ladrillos grandes y gruesos, secos solamente al sol, y cimentados con cierta clase de tierra; algunos están cocidos al fuego. Para mayor solidez, de distancia en distancia, están mezcladas con la tierra capas de cañas picadas o de paja. No me queda duda que esta es la antigua Babel, la torre de Nemrod, a quien Josefo y Eustichio llaman Rey de los hijos de Noé, en el tiempo en que se dispersaron por el mundo».

Lo mismo ha visto, poco más o menos, el inglés Rich en 1813, y si todavía queréis mayores confirmaciones, acompañad a Sir Ker Porter; salid con él de Bagdad, y veinte leguas más al mediodía hallaréis las ruinas de la loca obra de los titanes.

El murmullo armonioso del río de la fertilidad se oye a lo lejos. Los bosquecillos de plátanos halagan de trecho en trecho al viajero con su deleitosa frescura, pero tal vez el tigre oculto en la frondosa copa espía el momento de lanzarse sobre su presa. Los sauces de Babilonia, siempre llorando la desgraciada suerte de la corte de Semíramis, aparecen aquí y allí cargados de dolorosos recuerdos.

«¡Mirad!», gritan los guías, y una colina de erguida cumbre se presenta a los ojos ansiosos en medio de la llanura sin límites. Esa llanura es la planicie de Sennaar; esa colina es la torre de Babel, el monumento de la dispersión de la familia de Noé, cuando le plugo a Dios de una familia formar naciones.

Gritan los árabes; gritan y silban con todas sus fuerzas. Los leones del desierto, al oír esos gritos, descienden con majestuoso paso de en medio de las ruinas, en donde se calentaban al sol, como los perros del pastor al pie de la cabaña. Dijera Pitágoras al verlos, que eran almas de los impíos vasallos de Nemrod, destinadas a perpetua centinela de su torre.

Estamos al pie de ella. Su base oblonga tiene 1.280 pies. Alzase al Oeste en forma casi piramidal, y se distinguen todavía tres de los ocho tramos de que habla Herodoto. Están unidos sus débiles materiales por cimienta tan fuerte, que es imposible desprender el menor fragmento, un solo ladrillo para copiar las inscripciones que todos tienen en su cara inferior.

Veinte y dos siglos han pasado desde Herodoto hasta Sir Ker Porter. Herodoto no ha sido desmentido. El templo de Belo, que él describe, es la torre de Babyl de Pietro de la Valle; la torre de Babyl las ruinas imponentes que al mediodía de Bagdad forman una montaña.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

